



PENSAR LO QUE NO EXISTE: LA GÉNESIS DE LA FICCIÓN A LA LUZ DE LA *TEORÍA DE LA MENTE*

JUAN CARLOS OLITE¹

Fecha de recepción: 22-09-2018
Fecha de aceptación: 04-06-2019

Resumen: El pensamiento humano presenta, ya desde edades muy tempranas, una vocación espontánea, insaciable, de ficción. Es necesario explicar este rasgo único de la mente humana, inédito e incluso paradójico en términos evolutivos. La “hipótesis social de la inteligencia” nos muestra una línea de investigación y respuesta: fue la necesidad de interpretar el mundo interior de nuestros semejantes, en el marco adaptativo de una estrecha convivencia intersubjetiva, la clave en el desarrollo de una “Teoría de la Mente” avanzada y, con ella, de un pensamiento dotado de singulares habilidades cognitivas meta-representacionales.

Abstract: *Human thought shows, even in young age, a spontaneous, insatiable, tendency to deal with fiction. It is necessary to explain this feature of human mind, something unique, even paradoxical, in evolutionary terms. The “social intelligence hypothesis” gives us a research line and answer: it was the necessity of interpreting the inner world of our fellow men, in the adaptive context of a close cooperation life, the key of the advanced “Theory of Mind” (TOM) development and, consequently, a thought gifted with singular cognitive and meta-representational competences.*

Palabras clave: Teoría de la mente, ficción, sociabilidad, pensamiento infantil, intersubjetividad.

Key words: *Theory of mind, fiction, sociability, child thought, intersubjectivity.*

1. UN JUEGO DE NIÑOS. Algunos de los grandes interrogantes que la reflexión filosófica puede abordar, véase por ejemplo la indagación acerca de la inclinación y entusiasmo con la que la mente humana flirtea con los mundos ficticios, adquieren cierta claridad cuando los observamos bajo el prisma

¹Juan Carlos Olite es Doctor en Filosofía por la Universidad de Zaragoza y profesor del IES Virgen del Pilar de la misma ciudad. Ha colaborado activamente en la revista de música clásica *Ritmo* y participado en numerosos proyectos de innovación pedagógica. En los últimos años dedica especial atención al estudio de las relaciones de la psicología cognitiva y la antropología evolucionista con la génesis del pensamiento filosófico. Su libro *Las ilusiones metafísicas de un cerebro primate* (Editado en Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018) es el fruto más significativo de ese trabajo.

ofrecido por varias décadas de rigurosa investigación en el campo de la Psicología Infantil. Hagamos pues filosofía del pensamiento y conducta infantiles, y para ello, sería muy oportuno traer aquí un breve, pero intenso y bello, relato de Ana María Matute: *La rama seca*.²

Una niña de corta edad queda encerrada en la casa familiar durante unas horas, mientras sus padres acuden a realizar las labores del campo en la época de la siega. Sin embargo, tal situación no parece afectarle demasiado, pues pasa el día jugando al borde de la ventana con su muñeca “Pipa”. La vecina Clementina, mujer ya entrada en años, sin hijos, que sufre un marido ceñudo y desabrido, y que ya está resignada a su soledad, visita a la niña varias veces al día, encontrándola siempre en animada charla con su muñeca. Su sorpresa aumenta cuando, en uno de esos encuentros, toma en sus manos la muñeca comprobando que “era simplemente una ramita seca en un trozo de percal sujeto a un cordel”.³

Encariñada y fascinada, a partes iguales, con la niña, Clementina se acerca en ocasiones con mucho sigilo para escuchar sus infatigables parloteos con “Pipa”:

- Pipa no tengas miedo, estáte quieta. ¡Ay Pipa, cómo me miras! Cogeré un palo grande y le romperé la cabeza al lobo. No tengas miedo, Pipa... Siéntate, estate quietecita, te voy a contar: el lobo está ahora escondido en la montaña...

La niña hablaba con Pipa del lobo, del hombre mendigo con su saco lleno de gatos muertos, del horno del pan, de la comida. Cuando llegaba la hora de comer la niña cogía el plato que su madre le dejó tapado, al arrimo de las ascuas. Lo llevaba a la ventana y comía despacito, con su cuchara de hueso. Tenía a Pipa en las rodillas, y la hacía participar de su comida.

- Abre la boca, Pipa, que pareces tonta...

El relato deambula por terrenos verdaderamente tristes: la niña enferma de fiebres de Malta y, para colmo, ve cómo su malintencionado hermano, en una travesura cruel, le quita su inseparable compañera y la deja por ahí, tirada nadie sabe dónde. El desconuelo de nuestra protagonista es total: “el llanto levantaba el pecho de la niña, le llenaba la cara de lágrimas que caían despacio hasta la manta...”.

La tragedia se consuma con su fallecimiento. Curiosamente, en el ínterin, una compasiva Clementina la ha visitado en varias ocasiones, trayéndole de la ciudad una muñeca preciosa, de “verdad”, y más tarde creando otra con materiales semejantes a los que formaban la muñeca extraviada; pero todo es inútil, pues la niña responde, una y otra vez, que ninguna de ellas es... “Pipa”.

² Creemos justificada la elección de esta narración, no sólo por su calidad literaria, sino porque recoge, de forma admirable, las principales características que se han observado en la creación e interacción con compañeros imaginarios.

³ A.M. MATUTE, *La rama seca y otros relatos*, Bruño, Madrid 1991, pp. 58-65.

La maestría de Ana María Matute nos reserva un desenlace lleno de ternura y poesía. Meses después de la muerte de la niña, Clementina, en uno de sus solitarios paseos, encuentra a “Pipa”:

Estaba quemada por la nieve, quebradiza, y el color rojo de la tela se había vuelto rosa desvaído. Doña Clementina tomó a Pipa entre sus dedos, la levantó con respeto y la miró, bajo los rayos pálidos del sol.

- Verdaderamente -se dijo- ¡Cuánta razón tenía la pequeña! ¡Qué cara tan hermosa y triste tiene esta muñeca!

Más allá de la honda belleza dramática que exhibe el cuento de Matute, la descripción de una conducta infantil semejante -sencilla y pasmosamente cotidiana- apunta, a nuestro juicio, al núcleo de las cualidades esenciales de la mente humana y de las condiciones existenciales que de ella se derivan.

Así, observamos cómo un cachorro primate humano se instala en un mundo frágil, ambivalente, acogedor y amenazador según la circunstancia y el momento. Y lo hace, sin necesidad de una orientación o motivación externa, a través de su poderosa capacidad para transformar las cosas, para ensanchar las fronteras de lo real y lo posible, para pensar e interactuar con un mundo aparentemente oculto, pero que su mente intuye cercano y cálido. Bajo su mirada, una simple rama seca se convierte en una entidad personal, un agente único de creencias, intenciones y emociones; una compañera imaginaria con la que entablar la más hermosa, y por ende potencialmente dolorosa, de las amistades.

¿Cuántas eventualidades, contingencias, oportunidades, laten ocultas en las entrañas de una capacidad semejante? ¿No estamos ante un acto único, absolutamente extraordinario, inopinado en términos estrictamente materialistas, evolutivos? Y, al mismo tiempo, ¿no estamos ante el acto en el que lo más humano de lo humano se despliega y se define?

2. ¿POR QUÉ LA FICCIÓN Y NO EL CONOCIMIENTO VERAZ DE LAS COSAS? Siguiendo el antiguo oficio filosófico que se ejercita en la admiración ante lo obvio, no podemos dejar pasar sin más los entresijos de tal conducta. Pues llama la atención la absoluta *naturalidad* con la que la niña del cuento crea a Pipa y establece relación con ella. Reconozcamos sin bagajes que en el mundo infantil tales hechos -bien si consideramos la afición a los *compañeros imaginarios* o, en un sentido más amplio e universal, los *juegos de simulación*- son tan habituales que su singularidad, su excepcionalidad biológica, evolutiva, pasa desapercibida.

No obstante, habría que deshacer algún posible equívoco apresurado. Del relato de Matute podría desprenderse la idea de que los compañeros imaginarios son cosa de los niños solitarios; tal idea es, como ya ha quedado demostrado por la investigación de la mente infantil, completamente errónea.⁴ Asunto bien distinto es que los niños que interactúan con compañeros

⁴ La mayor autoridad y obra en la materia: M. TAYLOR, *Imaginary Companions and the Children who create them*, Oxford University Press, New York 1999.

imaginarios utilicen a estos para lidiar con sus miedos y obsesiones,⁵ algo que sí recoge “La rama seca”. Por otra parte, es necesario subrayar que la relación con compañeros imaginarios no requiere necesariamente de un objeto de referencia, en muchos casos dichas entidades son invisibles.⁶

Sea como fuere, con demasiada frecuencia damos por hecho comportamientos, acciones, que demandan una explicación desde una perspectiva estrictamente naturalista (desde la otra posible, la sobrenatural, cualquier cosa tiene su milagrosa explicación). Y, por ello, tendremos que aceptar que aquí nos encontramos ante una cascada de interrogantes que están estrechamente relacionados con el objetivo de este artículo y que podríamos enunciar así: frente al legendario ¿por qué el ser y no más bien la nada?; nosotros proponemos el más humilde, pero no menos intrigante: *¿por qué la ficción? ¿Por qué los seres humanos, ese tipo tan especial de cerebros primates que somos, tenemos tal apetito de lo que, en sentido estricto, no existe, de lo posible e incluso de lo imposible pero pensable? ¿Por qué no nos basta con el mundo que nos rodea? Más aún, ¿por qué se ha desarrollado una línea evolutiva que conduce a un cerebro ávido de ficción, un cerebro que se mueve con increíble soltura en un mundo abierto, sin fronteras ni límites?*

3. FICCIÓN Y *TEORÍA DE LA MENTE*. Desde la perspectiva de la Psicología Cognitiva Infantil, nuestras preguntas se han formulado de una forma simple y directa. Tomaremos como referencia básica los artículos que el psicólogo británico Alan Leslie escribió en las últimas décadas del pasado siglo. Uno de ellos comienza con una pregunta que, como decíamos antes, seguramente había sido soslayada con anterioridad por referirse a fenómenos totalmente cotidianos. Dice Leslie: “¿Cómo es posible que un niño piense en un plátano como si fuese un teléfono, un trozo de plástico como si estuviera vivo o un plato vacío como si tuviese sopa?”.⁷

Recordando el cuento de Matute, nosotros podríamos preguntarnos además: ¿cómo es posible que una niña convierta en muñeca a una ramita seca en un trozo de percal sujeto a un cordel...? Y, tomando como referencia miles de experiencias semejantes presentes en la experiencia cotidiana del mundo infantil, los ejemplos transformados en interrogantes serían interminables. Pero volvamos al ejemplo de Leslie y, tengamos en cuenta que, cuando el psicólogo británico se plantea esta cuestión, tiene ante sí a niños/as de apenas 18-24 meses, es decir, a unas mentes que están adquiriendo constantemente información veraz acerca del mundo que les rodea. Parece lógico pensar que tales mentes infantiles deberían ejercitarse en un conocimiento preciso y riguroso. Y, sin embargo, lo que observamos es que,

⁵ *Ídem*, pp. 49 y ss.

⁶ *Ídem*, p. 28.

⁷ A. LESLIE, ‘Pretense and Representation: The origins of Theory of Mind’, *Psychological Review* Vol. 94, nº 4, 1987, p. 412. El autor vuelve a indagar y profundizar sobre la misma idea en: A. Leslie, ‘Pretending and believing: issues in the theory of ToMM’, *Cognition* 50, 1994, pp. 211-238.

en su desarrollo, los niños ocupan muy pronto un escenario proteico, enormemente voluble, en el que los objetos, los hechos, no sólo son lo que son, sino también muchas otras cosas a la vez. Los niños se las arreglan sin ningún problema, no sólo con el mundo que es, sino también con un amplio y cambiante abanico de mundos posibles, los *contrafactuales*.⁸

Por otra parte, como bien mostró Leslie, esto no es el resultado de que la mente infantil sea presa del caos más absoluto, como causa de su escasa experiencia de la realidad. No; el niño sabe qué es un plátano y qué es un teléfono, simplemente juega con extraordinaria facilidad al “como si”: finge que el plátano es un teléfono y, por ello, no está desarrollando una categorización caótica y absurda de sus vivencias.⁹ Ahora bien, el juego del “como si”, tan familiar a los cerebros primates humanos, presupone un acto cognitivo absolutamente extraordinario que, el propio Leslie, define como *decoupling*,¹⁰ desconexión, disociación. La mente humana, ya desde su más tierna infancia, además de manejar la representación ordinaria de plátano genera, sin dificultad alguna, una copia “plátano” que aparece “desconectada” de sus referencias semánticas y existenciales originales.¹¹ Así, al ámbito ordinario de la representación directa de la realidad se suma un universo cognitivo paralelo, el ámbito de la *meta-representación*, un reino mental potencialmente infinito, enormemente fértil, pues se nutre *intenciones, actitudes, atribuciones...*

De ahí, la extrema pertinencia del asombro, ¿cómo es posible...?, que encierra la pregunta de Leslie: pues, ¿a qué necesidades adaptativas, existenciales, responde esta conducta aparentemente lunática? Llegados a este punto, es preciso subrayar las motivaciones principales que orientaron la formulación de la pregunta y el marco de la investigación realizada. Lo que estaba en juego, tanto en el trabajo de Alan Leslie, como en el de sus colaboradores Uta Frith y Simon Baron-Cohen, era el estudio de la *mente autista*. Lo curioso aquí es que la respuesta ofrecida, si bien ha tenido enormes repercusiones en la clarificación de las características de los trastornos del espectro autista, otorga sentido, y de qué manera, a la reflexión filosófica acerca de la génesis de la ficción. La respuesta de Leslie, en síntesis, viene a decir lo siguiente: *el mecanismo cognitivo que subyace al juego de simulación infantil es el mismo que, desarrollado, permite la adquisición de una Teoría de la Mente avanzada* (es decir, la capacidad para “leer”, interpretar, comprender, las mentes ajenas y la propia) que, a su vez, es el fundamento ineludible de las competencias sociales básicas de todo ser

5

⁸ A. GOPNIK, *El filósofo entre pañales*, Temas de Hoy, Madrid 2010, pp. 41 y ss.

⁹ A. LILLARD y otros, ‘Pretend Play and Cognitive Development’, *Blackwell Handbook of Childhood Cognitive Development*, Usha Goswami (ed), Malden, Blackwell Publishing, Mass 2011, pp. 289 y ss. Lo mismo cabe decir del “como si” en la interacción infantil con los compañeros imaginarios: M. Taylor y C. Mottweiler, ‘Imaginary Companions. Pretending They Are Real but Knowing They Are Not’, *American Journal of Play*, 1-1, 2008, pp. 47-54.

¹⁰ A. Leslie, 1987, p. 416.

¹¹ El mismo acto se escenifica en la “creación” de Pipa

humano.¹² Y esto es así porque, en ambos casos, lo que se está activando de forma inequívoca es la manera en que la mente es capaz de modificar su propia percepción y actitud frente a la realidad y, a la par, frente a otras perspectivas ajenas (de otras mentes) de interpretación de esa realidad. La facultad que posibilita la simulación, también el engaño en sentido estricto, orienta su atención no hacia un objeto o acontecimiento en sí, sino a la disposición, actitud, interpretación o manipulación con que las mentes -la propia y la de los demás- se relacionan con el objeto o acontecimiento. Como veremos, no se trata de mirar hacia fuera -aunque tal mirada siempre está presente, en plano principal o secundario-, sino hacia la mirada que mira, al modo de mirar; ése es el universo cognitivo de la meta-representación.

Resulta extraordinariamente relevante, como señala Simon Baron-Cohen, que la dificultad para participar en juegos de simulación sea uno de los rasgos claves para un diagnóstico precoz del trastorno del espectro autista que, a su vez, representa una considerable reducción en las habilidades estructurales ligadas a la comprensión de los otros, de las otras mentes, como sujetos intencionales.¹³ Tal diagnóstico encuentra otro momento preciso en la no superación de los experimentos de “falsa creencia”, entre los cuatro y los cinco años, prueba que el consenso científico considera decisiva para mostrar la adquisición de la *Teoría de la Mente*. Como es bien sabido, en esta prueba se manifiesta una cierta pérdida de ingenuidad pues el niño comprende que otros pueden tener, no sólo una perspectiva diferente acerca de un hecho, sino que, en consecuencia, dicha perspectiva puede estar equivocada.

Nunca se ponderará lo suficiente el significado último de la conquista cognitiva que supone la adquisición de la *Teoría de la Mente* alrededor de los cuatro años. Es como si, de pronto, asistiéramos a los primeros compases de una revolución copernicana espontánea en la evolución de nuestra mente: ya no hay un único y omnipresente centro, hay múltiples centros. Con tal capacidad puedo pensar en lo que otros están pensando, mi pensamiento tiene ideas acerca de las ideas de los demás, creencias sobre las creencias de otros. Y, por si fuera poco, si puedo pensar en lo que los otros están pensando, en un nuevo ejercicio de desdoblamiento cognitivo, también puedo pensar en lo que estoy pensando, puedo tomar cierta distancia de mi mente para analizar su

¹² Dejamos de lado la discusión interminable sobre la idoneidad de la expresión “teoría de la mente” para expresar esta capacidad, pues ya está instalada en la literatura psicológica y antropológica. Obviamente, también se utilizan expresiones alternativas: lectura de la mente, psicología intuitiva, estrategia intencional (Véase al respecto: D. DENNETT, *Bombas de intuición y otras herramientas de pensamiento*, FCE, México 2015, pp. 60 y ss).

¹³ S. BARON-COHEN, *Autismo y Síndrome de Asperger*, Alianza, Madrid 2010, pp. 92 y ss. Para profundizar en la relación entre autismo, juegos de simulación y teoría de la mente: A. LESLIE y U. FRITH, ‘Autistic children’s understanding of seeing, knowing and believing’, *British Journal of Developmental Psychology* 6 (4), 1988, pp. 315-324; A. LESLIE, ‘Pretense, Autism and the Theory-of-Mind Module’, *Current Directions in Psychological Science* I, 1992, pp. 18-21.; P. BLOOM, *Descartes’ Baby. How the science of child development explains what make us humans*, Arrow Books, Londres 2004, pp. 24 y ss; V.S. RAMACHANDRAN, *Lo que el cerebro nos dice*, Paidós, Barcelona 2012, caps. 4 y 5.

contenido, su estado de la cuestión. Se diría que la mente, cual explorador espacial que contempla por primera vez la Tierra desde arriba, comenzara asombrada a advertir sus propios pensamientos, gracias al hecho de reparar, por primera vez, en los pensamientos ajenos.

Pero no olvidemos el objetivo de nuestra reflexión. Los juegos de simulación, con su corolario gemelo que supone la interacción con compañeros imaginarios, y el ejercicio activo de una *Teoría de la Mente* avanzada, son dos caras de la misma moneda cognitiva aquella que, como veremos, no tiene otro objetivo que el adecuado desenvolvimiento en el intrincado laberinto social tan caro a los cerebros primates humanos. Así que, en el fondo, podríamos aventurar ya que *la pasión humana por la ficción es hija directa, legítima y primordial, de su naturaleza social.*

4. FICCIÓN, *TEORÍA DE LA MENTE* Y LA HIPÓTESIS SOCIAL DE LA INTELIGENCIA. Si seguimos el camino marcado por Alan Leslie, y dejamos atrás por un momento el ámbito estricto de la Psicología Infantil, observaremos que la explicación acerca de la génesis de la ficción en el devenir existencial de los seres humanos se sitúa en un contexto más amplio y definitorio. A saber, aquel que ha sido subrayado por la Antropología Evolucionista de las últimas décadas y que interpreta *la configuración última del peculiar cerebro primate que somos como consecuencia de la tensión selectiva provocada por una vida social enormemente compleja*, en el marco de grupos necesitados de una profunda interacción y cooperación entre sus miembros, en el manejo inteligente de grandes cantidades de información personal, estratégica, con respecto a la supervivencia de la comunidad.

Se trata, claro está, de la denominada *hipótesis social de la inteligencia*, que se manifiesta como base teórica de diversas y fértiles propuestas.¹⁴ En una panorámica rápida y esquemática, podríamos distinguir varias líneas de investigación que aparecen al modo de variaciones sobre el mismo tema: la *inteligencia maquiavélica* (representada por el propio Humphrey, Richard Byrne y Andrew Whiten),¹⁵ que subraya el papel de la manipulación y el engaño en el devenir del juego social humano; la *inteligencia cooperadora* (Michael Tomasello, Matt Ridley, en parte Edward Wilson),¹⁶ que pone de manifiesto la importancia de fenómenos como la atención compartida, la transmisión de conocimientos y el comportamiento altruista en la singularidad del hábitat humano; y la *inteligencia seductora* (Geoffrey Miller, en parte

¹⁴ N. HUMPHREY, 'The social function of intellect', *Machiavellian Intelligence. Social Expertise and the Evolution of Intellect in Monkeys, Apes, and Humans*, Richard Byrne y Andrew Whiten (eds). Oxford University Press, New York 2002, pp. 13-26.

¹⁵ N. HUMPHREY, *Consciousness Regained. Chapter in the Development of Mind*, Oxford University Press, New York 1984; del mismo autor, *The inner eye*, Faber&Faber, Londres 1986. También, claro está: R. BYRNE Y A. WHITEN, *op. cit.*

¹⁶ M. RIDLEY, *The Origins of Virtue. Human Instincts and the Evolution of Cooperation*, Penguin, New York 1998; M. TOMASELLO, *¿Por qué cooperamos?*, Katz, Madrid 2011; E. O. WILSON, *La conquista social de la Tierra*, Debate, Madrid 2012.

Robin Dunbar),¹⁷ que dirige su atención hacia el papel de la intensificación de la calidad y duración de las relaciones personales más estrechas, incluso íntimas, que ejercen de base necesaria en el mantenimiento de los lazos afectivos en los que se funda la comunidad humana. Excede los límites de este trabajo el análisis de cada una de estas propuestas, no obstante, importa señalar que, a pesar de las aparentes divergencias, la presencia de la *Teoría de la Mente*, de la lectura de la mente, como adquisición cognitiva necesaria, se erige en el ingrediente absolutamente decisivo de todas ellas.

Ahora sabemos pues, y esto lo cambia todo, que *los seres humanos somos cerebros primates equipados no sólo para desenvolvernos en un mundo de cosas, sino más bien, y sobre todo, para arreglárnoslas en un mundo de mentes que piensan cosas, de mentes que piensan en otras mentes, de mentes que piensan, por todo lo anterior, en sí mismas*. De ahí que el centro de gravedad sobre el que pilota tal cerebro, es decir, la condición humana en sí misma, no es otro que la conquista de la capacidad de pensar el pensamiento, para pensar en las creencias, ideas, intenciones, de otras mentes. Tal destreza, vital para el cerebro primate humano, se manifiesta ya con claridad, como hemos señalado, en la superación de los experimentos de “falsa creencia”. Otros fenómenos de la vida infantil, tales como el despliegue de los juegos de simulación o la interacción con compañeros imaginarios, son predictores idóneos que anuncian su presencia.

8

5. FICCIÓN Y LA TRASTIENDA DE LAS MIRADAS. Llegados a este punto, podemos retomar nuestra pregunta, aunque ahora el asombro es más fingido que real: ¿qué impulsa a un cerebro a pensar en lo que no existe? ¿Qué ventajas adaptativas presenta un cerebro ávido, en grado sumo, de ficción? En realidad, todas. Pues ese cerebro está preparado para un mundo que sí existe, con la precisión de que una parte sustancial de ese mundo no sólo es invisible, sino que carece de fronteras nítidas, pues incluye infinitas perspectivas, infinitos modos de mirar las cosas. Ese cerebro, por tanto, está *habilitado para pensar lo que está oculto y, en ese afán de pensar lo oculto piensa lo que no existe, y es sólo creencia, intención, propuesta, mentira...*

En el fondo, el apetito de ficción de los cerebros primates no es otra cosa que la expresión de su necesidad compulsiva de mirar hacia el interior del *otro*, que no es sino una variante inquietante de su afán de mirar hacia su propio *yo*. Es el insondable universo interior, es la *trastienda de las miradas*, aquello que determina el principio y fin de nuestros afanes. Es la extraña realidad que se encuentra, como sugiere magistralmente Nabokov, “tras la oscura intimidad de los párpados”.¹⁸

Podemos pensar la ficción, podemos pensar en lo que no existe, porque estamos condenados a pensar en el mundo interior de otros sujetos. De tal

¹⁷ G. MILLER, *The Mating Mind. How Sexual Choice Shaped the Evolution of Human Nature*, Anchor Books, New York 2000; R. DUNBAR, *Grooming, Gossip and the Evolution of Language*, Faber&Faber, Londres 2010.

¹⁸ V. NABOKOV, *Lolita*, Anagrama, Barcelona 2002, p. 18.

manera que, curiosamente, nuestros viajes a la ficción nos preparan para desenvolvernos mejor, con más sabiduría, en el activo teatro de los yoes, en el paisaje de los espejos humanos.¹⁹ Y para todo este ejercicio, para el desarrollo de esta singular sabiduría, no nos basta con un necio elenco de acontecimientos aparentemente real. La tarea es demasiado compleja y requiere un perfeccionamiento constante de nuestra *estrategia intencional*, de nuestra inteligencia social, de nuestra capacidad para intuir y comprender el lado oculto de todas las cosas. Por ello, nos alimentamos de ficción y nuestra mente se transforma, experiencia tras experiencia, gracias a dicho alimento.²⁰ Somos curiosos habitantes de un universo de mundos múltiples, donde se entrecruzan los paisajes reales y soñados.

La realidad que habita el cerebro primate humano es dual, pues incluye unos seres dotados de un estimulante y misterioso humus interior, de seres cuya representación de lo que acaece puede ser tergiversada, desviada de su curso natural. Este también es el porqué del lenguaje: el lenguaje sólo tiene sentido cuando brota la meta-representación,²¹ cuando hay lugar para el engaño, la manipulación, la seducción, la cooperación. Sin la posibilidad de la mentira, sin la posibilidad de la ficción, sin el juego incesante con el lado oculto de las cosas, el lenguaje es superfluo, reiterativo, inútil.²² Es el espacio humano de la atención compartida, del encuentro de mentes, donde brota con fuerza inaudita, el reino de la ficción. Por todo ello, nuestra principal ocupación se encuentra en el ejercicio de una mirada oblicua, no una mirada directa, sino una mirada que mira el mirar.

Decía Marcel Proust, que todo lector es el lector de su propio yo. Creo que, sin traicionar el espíritu último de su mensaje, podemos decir que escritura, lectura, y toda manifestación que flirtee con lo ficticio es, en el fondo, un juego cognitivo incesante en el ejercicio de la lectura de yoes, de los otros y del propio, es un constante deambular por el espacio de espejos que constituye la intersubjetividad humana: la mirada de las miradas, las miradas oblicuas.

Quizás el problema, humano y demasiado humano, estriba en los peligros latentes a una mente tan ávida en la gestación, desarrollo y consumo, de ficciones. El problema, inédito en los cachorros humanos cuando convierten el plátano en un teléfono, o una ramita seca en un trozo de percal en una muñeca, surge cuando nuestro indómito cerebro *cuentacuentos*, se olvida del “como si” y, de forma casi imperceptible, se desliza hacia otros

¹⁹ J. VOLPI, *Leer la mente*, Alfaguara, Barcelona 2011, pp. 34 y ss.

²⁰ Hay diversos, y muy interesantes, acercamientos a la correlación inteligencia social-ficción, teoría de la mente-ficción, en los últimos años: L. ZUNSHINE, *Why we read fiction. Theory of Mind and the Novel*, Columbus: Ohio State University Press 2006; A. PALMER, *Fictional Minds*, Nebraska University Press 2004, B. BOYD, *On the Origin of Stories*, Harvard University Press 2009.

²¹ A. RIVIÈRE, *Objetos con mente*, Alianza, Madrid 1991, p. 151.

²² E. O. WILSON, *op. cit.*, pp. 266-7; S. Baron-Cohen, ‘Evolution of a theory of mind?’ en M.C. Corballis y S.E.G. Lea, *The descent of mind: psychological perspectives on hominid evolution*, Oxford University Press, New York 1999, pp. 261-277.

estados, hacia otras vivencias. El problema no es otro sino que el cerebro *cuentacuentos* se vuelva un terco y arrogante cerebro *supersticioso*, incluso *trasmundano*. Como ya he intentado mostrar en otro lugar,²³ los grandes problemas de la metafísica occidental también se han visto comprometidos en su génesis y desarrollo por el hecho de que el centro de gravedad de nuestro cerebro primate es el ejercicio constante, automático, espontáneo, compulsivo, de una *actitud intencional* (en el sentido en el que Daniel Dennett da a esta expresión),²⁴ obra y gracia de nuestra *Teoría de la Mente* avanzada. No obstante, esa es otra historia y debería ser tratada en otra ocasión.

Conformémonos aquí con reseñar un consejo, tomado de un sabio del mundo infantil y, por ende, del mundo de la ficción. Decía Gianni Rodari:

Todos los niños juegan a ponerse los zapatos del padre y de la madre. Para ser *ellos*. Para ser más altos. Pero también, lisa y llanamente, para *ser otros*. El jugar a disfrazarse, aparte de su importancia simbólica, es siempre divertido por los efectos grotescos que de él nacen. Es *teatro*: meterse en el pellejo de los otros, ponerse en una situación, inventarse una vida, descubrir nuevos gestos. Es una pena que normalmente sólo se les permita a los niños, en carnaval, disfrazarse con la chaqueta del padre o el vestido de la abuela. *Siempre debería haber, en cada casa, un baúl con ropa vieja para que los chicos pudiesen jugar a disfrazarse.*²⁵

²³ J.C. OLITE, *Las ilusiones metafísicas de un cerebro primate*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza 2018.

²⁴ D. DENNETT, *La actitud intencional*, Gedisa, Barcelona 1998.

²⁵ G. RODARI, *Gramática de la fantasía*, Planeta, Barcelona 2005, p. 26.